



(Foto Pakol)

O R I

ORI

Uniendo las provincias hermanas de Navarra y Zuberoa, y paradójicamente separando los dos países que tienen por frontera la cordillera pirenaica, se yergue en los confines orientales de la tierra vasca la pirámide rojiza de la cumbre de Ori --el Pic d'Orhy de los franceses-- cerrando con sus laderas meridionales el valle de Salazar.

El magnífico Ori es el «intermezzo» entre el verde y alegre Pirineo bajo y ese otro rocoso y áspero que arranca en el Roncal para alargarse, al parecer, infinitamente.

En tanto que su sucesión de cimas --Gaztarría, Otxogorrigane, Lakora-- hace contacto con los macizos calcáreos en las escabrosidades de Larra, nace en sus barrancas opuestas el grandioso bosque del Irati, «selva inmensa como el mar», como dijera Campión en su «Leyenda de Orreaga», hace ochenta años.

Rocas, pasto, hayedos... Es Ori, por sus características, nuestra gran montaña. Dejando a un lado las mediciones altimétricas, es el «mendi nagusi» del País Vasco. Así hace reconocer al excursionista que en el estío remonta los imaginarios escalones de su inclinada ladera surcada por calladas torrenceras que no pueden aliviar los rigores de la elevada temperatura. Y también cuando, cubierta de nieve y de niebla, defiende su magnificencia con las terribles ventiscas del portillo de Oritxipia, como en aquella ocasión que hizo retroceder, apuradamente y por su helada pendiente abajo, a cierta osada expedición de la que formábamos parte...

Más, aún en primavera u otoño, es conveniente contar con las nieblas del Ori que, inesperadamente y en remolinos lo cubrirán, dejando a veces emerger hacia los cielos a su cono final, cual acampanado islote, cuya testa --vértice geodésico de primer orden-- se halla coronada por el armatoste cuadrifronte del Servicio Geográfico de Francia.

Desde allí, y si un golpe de telón de estas nieblas no nos impide, contemplaremos la grandiosa, inmóvil y silenciosa procesión de los Altos Pirineos, encabezada por Arlas, Anie y Mesa de los Tres Reyes. Y tras detener nuestra vista sobre las llanuras galas, otra vez el Irati: la belle foret d'Iraty.

El pantano de Irabia, en medio de esta verde y oscura sinfonía, es un reluciente trozo de espejo perdido en la gran Sylva Pyrenaica.